



Club del libro

Las vueltas de tuerca del escritor ¹

Mario Mendoza
Escritor colombiano



Mario Mendoza.

Si yo me pregunto cuándo comenzó esto, cuándo se me ocurrió ser escritor o cómo nació la idea de dedicarme en serio al trabajo literario, creo descubrir la escena, creo saber dónde está el momento en el cual sucede eso que los psicólogos llaman un «punto de giro en la conciencia». Se remonta a mis siete años de edad, cuando tengo una enfermedad, me da una apendicitis que genera después una peritonitis, y esa peritonitis se complica en una peritonitis aguda, y al final termina en una cosa espantosa que se llama peritonitis gangrenosa, que es una

enfermedad de la que creo que nos hemos salvado dos personas en los últimos 20 ó 30 años. Entonces los médicos del hospital donde yo estaba recluido decidieron desahuciarme, hablaron con mis padres, hicieron una reunión de médicos, y dijeron: «no hay nada que hacer, el niño se va a morir, es una cuestión de pocos días, y hay que estar preparados para eso». Mi padre era médico veterinario de la Universidad Nacional y biólogo, y era un hombre de fincas, de botas, de chaquetas de cuero, barbado, que pertenecía en la época de los sesenta y setenta,

¹ Conversación del autor de la novela *Satanás*, Mario MENDOZA, con los estudiantes de la Universidad Central, en una de las sesiones del Club del Libro, el día 30 de agosto de 2005. (Transcripción de Jenny Maldonado y edición de Oscar Godoy Barbosa).

un tipo que se había educado con la ópera *Hair*, que había hecho parte del movimiento pacifista en Londres, que se había especializado por fuera, un gran seguidor del movimiento del rock de los sesenta y los setenta, de partidos de izquierda, por supuesto. Los compañeros de mi padre eran hombres que iban a las fincas, que se habían recorrido el país en canoas, a pulso, que trabajaban por una gran conciencia de ser latinoamericanos.

Esos compañeros de mi padre, de la Universidad Nacional, y él que era un tipo grande, muy alto, entraron de pronto a la habitación después de que les comunicaran lo de mi próximo fallecimiento. Recuerdo perfecto esa conversación, en la que uno de los amigos le dice a mi padre «hombre, no podemos quedarnos esperando a que él se muera, por qué no lo tratamos como a cualquier ternero, hagamos de cuenta que estamos trabajando con un animal y multipliquemos las dosis de antibiótico». Yo tenía una fístula de la cual guardo una herida, una cicatriz, y esa fístula no se cerraba con nada, entonces dijeron «vamos a rallar panela, y pongamos emplastes de panela y tripliquemos las dosis de antibiótico, que si se muere, que se muera por lo menos en la mitad de la lucha».

Entonces mi padre decidió aceptar, habló con los médicos, y los médicos le dijeron que tenía que firmar un documento para hacerse responsable de la muerte de su hijo, para evitar demandas a la clínica y demás. Eso es lo que mi padre hace. Yo pesaba mucho menos de lo que tenía que pesar para mi edad, era muy flaco, muy endeble, ya llevaba siete meses recluido en la clínica, que para mí a esa edad era mucho tiempo, extrañaba el aire, los parques, me preguntaba todo el tiempo por qué no podía ser como los demás niños, por qué no podía jugar y por qué no podía divertirme. Y estos tipos me alzaban y comenzaban a inyectarme, y a rallar la panela para poner los emplastes, y así me salvaron.

Recuerdo una conversación un día, en el que un gran amigo de mi padre se quedó conmigo. Ellos hacían turnos, subían a dictar clases en la Nacional y se iban rotando en el cuarto, para irme acompañando. Este amigo de mi padre tenía amigos en la guerrilla, y estaba pendiente de las marchas, de las protestas, y un día de repente me dice «oye, el parque que tienes frente a la habitación es sorprendente», y yo le digo «¿un parque?», porque no me podía parar de la cama. Y me dice «sí, un parque sorprendente, bellissimo», y comenzó a contarme lo que pasaba en el parque. Me hablaba de los vendedores de paletas, de unos niños que salían a jugar, de unos hermanitos, de una vecina que era medio bruja y le pegaba a los niños, etc., etc. Él me tenía entretenido con esa historia un día tras otro. Él era el más dicharachero de los amigos de mi padre, el más burlón, el más divertido también, y recuerdo que me gustaba mucho que me cuidara, que me contara todo lo que él veía en el parque. Me contaba que veía policías, que de pronto la señora bruja que sacaba a los dos niños tenía un pasado siniestro, que debía vivir sola en una casa así y así. Vivía fabulando para mí. Yo recuerdo que quería mejorarme solamente para acercarme a la ventana y poder ver lo que pasaba en el parque. Y voy mejorando y mejorando, hasta que en efecto un día logro levantarme y dar mis primeros pasos (tengo que aprender a caminar de nuevo a los siete años), cuando él se había ido ya para el Amazonas (tenía un viaje pendiente con la Universidad Nacional). Yo logro levantarme con mi padre y con un amigo de mi padre, y le dije «yo quiero ir a mirar el parque», y cuando me asomo a la ventana y miro, en verdad no hay nada. Lo que había en realidad eran unas casas con techos, un barrio común y corriente, no había nada de los personajes que el tipo me había dicho. Y me pareció increíble, porque me di cuenta que durante semanas enteras este tipo se había inventado todo un mundo para mí, un mundo para entusiasmarme, para regresarme

a la vida, para que yo cogiera fuerzas, para que me dieran ganas de vivir. En ese instante recuerdo haber pedido un libro, y el libro fue como un reemplazo de ese amigo que se había ido.

A partir de la llegada del libro todo se transformó para mí. El cuarto fue otra cosa. Me trajeron un libro muy grande que se llamaba *Cuentos de hadas francesas*, que era un libro con dibujitos, gente encantada, grandes aventuras y demás. Estar enfermo no me pareció tan terrible, estar marginado del mundo no me pareció una experiencia tan dolorosa, como lo había sido en los primeros siete meses y medio. Creo que ahí sucedió un click para siempre en mi vida. Entendí que había un mundo paralelo, y entendí también que a través del lenguaje podía construir sentido, y que la vida de todos los días, la vida práctica y cotidiana, me parecía pobre, tediosa, aburrida, insufrible, que no tenía ningún sentido; que crecer, enamorarme, casarme, tener hijos, hacer algún capital, y morirme, no iba ser mi historia. Lo tuve clarísimo siempre y de hecho lo he cumplido. Yo quería otra cosa, otorgarle sentido a la existencia.

Comencé a tener una gran afición por la lectura, una afición solitaria, por supuesto. Me convertí en un muchacho raro, tímido, alejado, con un temperamento muy distinto al de mis amigos del barrio y del colegio. Entro a estudiar en un colegio extraño, que para la época ofrecía una educación diferente, el colegio Refus, que tenía una particularidad, y creo que todavía la tiene, y era que estudiábamos los sábados, teníamos agricultura y éramos vistos por los demás colegios como los gamines, pues los sábados estábamos con lanzadoras en la mano, sacando cosechas de rábanos.

Las clases de literatura eran una cosa distinta en ese colegio, no teníamos los maestros típicos que llegaban a echarse un rollo, a fatigar a sus estudiantes con las mismas cosas de siempre, sino unos maestros muy particulares, muy pasionales, personas que amaban lo que hacían,

que más que conocimiento transmitían afecto por lo que estaban haciendo. Cuando había crecido y era un adolescente que repartía mi vida entre el deporte (porque había sido tan débil de niño que yo vivía obsesionado con ser fuerte) y la lectura, llegó una persona rarísima al colegio, un tipo de barba que tenía un acento como argentino. El día que llegó estaba todo el salón tenso, esperando saber a quién nos iban a enviar, algún baboso hablador de carreta, o una persona que de verdad supiera. Y llegó un tipo formidable, atravesó el patio con un abrigo, con una barba muy larga, y con un maletín, un tipo circunspecto, extraño, entró al salón y se oía perfectamente el aleteo de una mosca, todos estábamos en silencio, suspendidos, esperando qué iba a decir, y el tipo abrió el maletín que llevaba, se puso un sombrero de copa, se subió el cuello del gabán, y con una voz preciosa de pronto nos dijo: «Muchachos, estamos en 1859 y un hombre se va a suicidar dentro de poco». Recuerdo el impacto de la clase de literatura ese día, recuerdo que nos quedamos todos, y comenzó a contarnos una historia que luego descubrimos que era un cuento de Borges.

A partir de entonces, la clase de literatura se volvió para nosotros fundamental. Era en realidad lo único que nos interesaba: cumplíamos con lo demás solo para entrar en la clase de letras con Eduardo Jaramillo. Eduardo hoy en día es un crítico muy reconocido en Estados Unidos, uno de los grandes defensores de los colombianos en Norteamérica, pertenece a una asociación de colombianistas, y es un comentarista que ustedes pueden consultar por Internet. Yo nunca olvidé lo que vi con él y a esa generación de Eduardo pertenecemos tres escritores que hoy en día publicamos regularmente. Santiago Gamboa; un poeta muy bueno que se llama Ramón Cote, hijo de Eduardo Cote Lamus; y con mucha modestia yo, que sigo publicando.

Eduardo vivía en Rionegro, un barrio de talleres de mecánica. Para nosotros, que éra-

mos de barrios más tradicionales como Cedritos o la Bella Suiza, Rionegro nos parecía como una aventura a los 16 o 17 años, y le preguntábamos a Eduardo si podíamos ir a visitarlo. Él nos dijo que los sábados y los domingos estaba en Grecia y no nos podía recibir. Estar en Grecia significaba que el tipo vivía con una mujer maravillosa, y él se ponía unas sábanas y escribía discursos para el foro en Grecia, entonces él estaba en Acrópolis y andaba con la barba por todo el apartamento, leyendo sus discursos sobre la democracia, sobre Atenas, sobre la guerra, se la pasaba en eso, tenía en esa época una gran obsesión por la oratoria, y entonces nos dijo: «Muchachos, yo los puedo recibir el sábado en las horas de la tarde, si quieren, para corregir sus textos». Y nosotros dijimos «¡sí, perfecto, no hay ningún problema!». Me recuerdo con Ramón, y con Santiago Gamboa, subiendo las escaleritas de un apartamento muy modesto, en Rionegro, mientras alrededor se escuchaba el maremagnum de la ciudad, talleres de mecánica, voces de un barrio realmente movido. Subíamos unas escaleras que daban la vuelta por una casa, y de repente nos abría la puerta Eduardo, muy misterioso y muy raro, y había un biombo y detrás del biombo una mujer que nosotros no vimos nunca, lo único que veíamos eran unos zapatos de plataforma debajo del biombo. Él la bautizó como Penélope, y decía: «los domingos estoy en los discursos, pero tengo tiempo también para Penélope, para estar con ella». Nosotros escuchábamos una voz femenina que se quejaba: «Eduardo, no puede ser, ¿por qué tengo que irme, si tú tienes a tus discípulos entre semana?» Y él le decía: «primero los discípulos, y la literatura, ¡tienes que entenderlo!» Y entonces ella salía por una puerta que la conducía al primer piso, y desaparecía.

Eduardo nos permitía la entrada y nos reuníamos los sábados por la tarde para corregir nuestros primeros poemas, nuestros primeros cuentos. Creo que sin esa educación, sin ese misterio, sin esa fascinación que pusieron

nuestros profesores de literatura, en lo que para mí fue el centro de mi vida, yo no hubiera escrito nunca. A partir de ese momento quise ser escritor. Y sin embargo, cometí un error: por presiones de familia acepté meterme a estudiar Medicina, quizás por la imitación de la imagen paterna, en la Universidad Nacional. Estuve en la Nacional, en la facultad de Medicina, pero a mí en realidad lo único que me interesaba era leer, leía y leía y seguía guardando con Eduardo un vínculo, seguía visitándolo los sábados y me daba como vergüenza con él por no haber elegido Letras, que era lo que yo quería hacer y donde él había depositado grandes esperanzas.

Años de formación

Por fin al año decido retirarme. Yo sabía que no servía para eso. No me gustaba nada: no me gustaban los hospitales, no me gustaba la bata blanca, no me gustaba que era una profesión donde no podía pensar. Esa es una profesión en la que solo se ejercita la memoria y nada más, entonces me parecía como embrutecedor ser médico y dije «bueno, tengo que luchar, tengo que lograrlo». Entonces comienzo a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Javeriana, porque por entonces todavía no existía la carrera de Literatura. Yo le pedí a mis padres que pagaran eso cuando ya me había retirado de Medicina, y fue como un fiasco, como una gran vergüenza familiar, pasarme a estudiar Literatura. Era como un hijo medio *hippie*, medio vago, que quizás iba a fumar marihuana y a no hacer nada más que eso. Pero me mantuve ahí, muy orgulloso de llegar los sábados a ese apartamento del barrio de Rionegro y decirle al maestro que yo ya estaba inscrito, y que iba a ser literato. Entonces comienzo a sufrir una persecución familiar que me obliga irme de mi casa. Mi madre lloraba permanentemente, le mentía a todo el mundo que yo estaba ya en tercer semestre de Medicina

y no podía aceptar que yo estaba estudiando Literatura.

Entonces tengo que irme de mi casa y comienzo un peregrinaje que está en una novela mía que se llama *Relato de un asesino*. Los que han leído esta novela se han dado cuenta que en parte es una autobiografía. Es el relato de un muchacho que sale de su barrio del norte y comienza un desplazamiento norte centro, centro sur, y que en ese viaje que hace por Bogotá se conecta con el país real, entiende lo que es

mi padre de que pagara la universidad, que no me quitara la matrícula, y me fui a vivir a la calle novena con carrera tercera, en La Candelaria, frente al Café de Rosita, en una pequeña pensión muy miserable en donde había un poco de todo: la cajera del Tía, el vendedor de dulces, el chofer del Senado de la República, gente un poco sospechosa, rara también, curiosa, personajes un poco turbulentos que uno no sabía si vivían solo de noche en esa pensión, donde había tres pisos con patio en el centro. Yo al-



Me di cuenta que durante semanas enteras este tipo se había inventado todo un mundo para mí, un mundo para entusiasmarme, para regresarme a la vida, para que yo cogiera fuerzas, para que me dieran ganas de vivir. En ese instante recuerdo haber pedido un libro, y el libro fue como un reemplazo de ese amigo que se había ido.

su nación, lo que en realidad está pasando. En la clase media, media-alta, uno vive en una torre de marfil, completamente ido, sin entender lo que es este país, que al otro lado no tiene servicios públicos, no tiene acceso a la educación superior, no tiene trabajo, en fin. Yo salgo con una maleta, salgo exiliado como un héroe romántico, yo mismo me veía como muy valiente, me orgullecía de la decisión de coger una maleta, una muda de ropa y unos cuantos libros, y largarme de mi casa. Le pedí el favor a

quilé una habitación por escasos 3.500 pesos en aquella época, y comencé a llevar una doble vida: estaba en una universidad privada, en la Javeriana, hacía parte de una clase alta, digamos, mis compañeros eran personas de familias realmente adineradas, mientras yo no tenía en dónde caerme muerto, vivía al otro lado en una pensión en donde no me atrevía a invitar a ningún compañero, y menos a una compañera. Entonces nunca tuve novia. Yo recuerdo que durante mi carrera de Letras entraba a clase y

me avergonzaba mucho confesarle a cualquier muchacha que se acercara a decirme algo, que yo no tenía con qué invitarla a una coca-cola. Era muy penoso cuando todos mis amigos llegaban en carro, llegaban a hablar sobre sus viajes a New York. Eso me pareció doloroso durante mi juventud, y quizás me aisló y me entristeció durante muchos años, y me avergonzó también por esa vida que yo llevaba. Después me di cuenta que era una gran educación, y fue extraordinario conocer ese país, fue maravilloso saber que era una educación de la necesidad, y que también era fundamental entender que una cosa es la educación intelectual y otra cosa es la educación del carácter. Son dos cosas distintas: el carácter solo se educa a punto de pruebas difíciles, lo que llaman los alemanes novela de formación, como *Las tribulaciones del joven Torless*, o como el *Retrato del artista adolescente*, donde vemos cómo un muchacho va forjando el carácter y eso le servirá para toda la vida. Yo recuerdo que la palabra templanza, la palabra forjar un carácter, se usa el mismo verbo para las espadas, para los metales, un metal se forja a golpes, y eso mismo pasa con una personalidad y un carácter.

En el año 85 ocurrió la toma del Palacio de Justicia, a pocas cuadras de donde estaba la pensión. De pronto estalla el país en una convulsión, en una guerra sin cuartel. Ya venía de atrás, por supuesto, pero la toma del Palacio fue en el centro, en el corazón de la ciudad, en la Plaza de Bolívar. Llegar a ver eso, con 20 años de edad, estar parado viendo como entran a sangre y fuego, como masacran a muchos de los grandes penalistas que estaban dentro del Palacio, oír por la radio (recuerdo que con mis compañeros bajábamos con la radio, con los audífonos puestos y por un lado escuchábamos deportes y tour de Francia, mientras por otro lado estábamos conectados permanentemente a esas palabras que salían del Palacio de Justicia pidiéndole al presidente Belisario Betancur una súplica, un acto de piedad que no se dio, y

ver a los militares como finalmente bombardeaban y hacían lo que les daba la gana. Me dolió también mucho, pues fue una de las experiencias más tenebrosas de mi juventud, ver cómo salieron los empleados de la cafetería del Palacio, porque yo los vi, yo estaba ahí muy cerca en esa calle, pendiente todo el tiempo de lo que estaba sucediendo. Recuerdo que eso también marca mi juventud con un antes y un después.

A partir de ese momento yo tenía muchos deseos de ser un escritor conectado con ese país real, yo no quería construir fábulas ni irme, digamos, a grandes países artificiales, yo quería dejar un testimonio de la historia que me había tocado vivir durante mi juventud. Recuerdo haber visto la salida de Palacio y haber dicho un día tengo que escribir sobre esto, un día tengo que narrarlo. Hay una página en *Satanás*, donde uno de los personajes está en la plaza y recuerda lo del Palacio y se pregunta qué pasó, y también en *Cobro de sangre*. Los empleados de la cafetería salieron y nunca volvieron, esa gente desapareció. Después, ya con la investigación, y ya enterándome más a fondo sobre lo que había pasado, resulta que en las neveras de la cafetería del Palacio de Justicia se descubrieron mercados congelados, carne, verduras congeladas, había una cantidad de comida y las fuerzas militares y los organismos de seguridad se dieron cuenta que la toma estaba preparada con anterioridad y que alguien de la cafetería tenía información y había permitido la entrada de las comidas, entonces había que mirar quiénes de la cafetería estaban infiltrados, razón por la cual esos empleados sobrevivieron y salieron, fueron machacados, torturados y finalmente desaparecidos. Hoy en día los familiares siguen en marcha a la Plaza de Bolívar y siguen preguntando por sus hijos.

Yo lo seguí muy de cerca. Los muchachos de hoy en día no leen prensa, no leen *Cambio*, *Semana*, no se enteran de nada, y uno se pregunta cómo una persona de 18 años va a

votar sin saber qué pasa en el país. Uno les pregunta a muchachos de sexto de bachillerato o de primer semestre, por el proceso de paz de Ralito, pregunta por la Constitución de 91, y no tienen ni idea. Yo recuerdo haber sido muy curioso a ese nivel, me leía todo, compraba las revistas, hasta *Cromos*, e iba anotando y subrayando lo que había pasado.

Campo Elías

También por esa época, en 1986, sucede algo muy curioso y es que yo comparto universidad con Campo Elías Delgado, que es un compañero mío de último semestre. Él no era de literatura sino de la Facultad de Educación, y era un tipo que me doblaba la edad, que podía ser mi padre, y era un bicho raro. Un bicho raro en Filosofía y Letras es un piropo común y corriente, por que todos éramos raros en Filosofía y Letras. Él se sentaba al fondo, no hablaba con nadie, no permitía intimar, y se acercó a mí por una bibliografía. Mi profesor de colegio, que ya estaba en Estados Unidos, en Saint Louis (Missouri), y dirigía un departamento de Español, me enviaba bibliografías. En ese entonces no existía la red, no había manera de consultar bibliografías por Internet, entonces él me enviaba libros para mi tesis de grado, que era sobre Carlos Fuentes, sobre *Aura*, una pequeña novelita escrita en 1962, una pieza maestra, una obra de joyería. Incluso tómenlo como un modesto gesto de auto propaganda, pero la edición de Editorial Norma tiene un prólogo mío, que es sacado de mi tesis de pregrado. Yo estaba muy concentrado en el tema de los aquelarres, de la brujería, y había estudiado sobre la noche de Walpurgis, y estaba fascinado por lo que se llaman hoy en día los devenires animales de las brujas, las transformaciones animales, y había hecho conexiones entre los devenires animales del chamán de la selva amazónica, y los de las brujas medieva-

les, y yo sabía por investigaciones y por un texto que publicó Fuentes después, en la *Revista Quimera*, que él había visitado con Luis Buñuel la Biblioteca de la Inquisición de París, y que en 1962 él hace un alto en su novela *La muerte de Artemio Cruz*, la gran novela sobre la Revolución mexicana de 1910, y escribió esa pieza literaria muy rara, que es *Aura*. Mi tesis giraba en torno a ese tema, y Eduardo me mandaba bibliografías de Estados Unidos, y ahí se me acercó Campo Elías a decirme «el profesor tal dice que usted tiene una bibliografía que me interesa». Entonces a la única persona que dirigió la palabra en ese segundo semestre del año 86 fue a mí. A mí me veían con él de vez en cuando, compartiendo una cerveza, pasándole las fotocopias y los libros que yo tenía.

El 4 de diciembre del 86, Campo Elías hace una masacre en distintos puntos de Bogotá. Era un ex soldado de Vietnam, había estado allá en dos oportunidades, en el 70 y en el 71, y había pertenecido a la sección de los Bohinas Verdes, una sección de élite en Vietnam. Ahora estoy leyendo la última novela de Fabián Secas, *La velocidad de la luz*, extraordinaria novela sobre un personaje en Vietnam, y pienso que si hubiera leído ese libro antes de escribir *Satanás* quizás el personaje hubiera ganado en complejidad. Yo investigué lo que pude sobre Campo Elías, la poca información que existía sobre su estadía en Vietnam, incluso los paralelos y los meridianos por donde se mueven las tropas y los soldados del cuerpo al cual pertenece Campo Elías.

Ese 4 de diciembre del 86, Campo Elías mata primero en La Alhambra a una alumna suya y a su madre, luego va la universidad, pregunta por mí y no me encuentra, sale muy malgeniado, manoteando. Era un tipo muy arrogante, excesivamente seguro de sí mismo. Se va al edificio donde vive, en la 52 con 7, y ahí mata a su madre, la incinera, y con el pretexto del incendio del apartamento va bajando piso por piso y mata a 7 personas en el edificio.

De ahí sale, da una vuelta tranquilo por lo que hoy en día es Galerías, y finalmente sube al restaurante Pozzeto, de la 62 con 7, y masacra a 20 personas esa noche. Al final, ya cuando entra la policía, él se pega un tiro, se dispara en la sien y cobra la víctima número 30.

Esta es la primera vez que nuestra ciudad enfrenta a un asesino con características que son más de la tradición anglosajona. Nosotros tenemos un tipo de violencia que se llama violencia política, las cifras de muerte son exageradas pero eso es violencia producto de la guerrilla o del narcotráfico, pero no teníamos una tradición de asesinos intelectuales, cultos, eruditos, hombres de libros. Un tipo que habla dos o tres idiomas, que traduce textos, que está metido en una investigación sobre el Dr. Jekyll y mister Hyde, y que tiene una tesis sobre la duplicidad de la conciencia, ese tipo de asesino era una cosa muy curiosa, muy particular, y parecía como si en ese 4 de diciembre del 86 Bogotá se hubiera conectado de una manera misteriosa, rara, infernal, secreta, por las cloacas, digamos, se hubiera conectado por una tradición negra internacional. Evidentemente los periodistas en la época lo que hicieron fue una lectura muy inmediatista de esos asesinatos, pero yo tenía una información distinta. El hecho de haber conocido al asesino detrás de bambalinas me da una visión muy distinta del personaje.

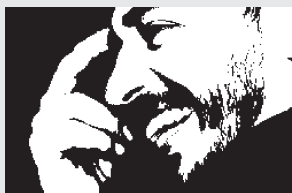
El 5 de diciembre de 1986, apenas veo las noticias internacionales y veo como la noticia se expande, yo sé que tengo una novela entre las manos. Lo que no sabía era si mi juventud me permitía o no enfrentar esa novela. Yo tenía las herramientas intelectuales y la suficiente vocación, la terquedad también para escribirla, y supe que esa novela tenía que escribirla tarde que temprano. Entonces la policía me llama y encuentran que en el incendio del apartamento se salvan unos libros, mis libros, y yo tengo que ir a dar declaraciones a la estación de Policía, y hago que me regresen mis libros, que me los

trajeron del extranjero, y me cuesta una discusión y me sacan de mala manera de la estación de Policía, y se crea en la universidad también una leyenda negra: «Ese que va ahí ese, ese, es el amigo del Campo Elías». Es una leyenda que me persigue hasta el día de hoy.

Se volvió incomodísimo para mí estar dentro de la Universidad, pues las personas de la cafetería y de la biblioteca no me atendían, pensando que yo era cómplice o que se esperaba algo parecido a lo que había hecho este fulano. Menos mal logré terminar la tesis y entregarla. Ahí logré una beca con la fundación Ortega y Gasset, y me fui para España, donde estudié durante varios meses en una especialización de literatura hispanoamericana. Seguí trabajando en esa novela que yo quería escribir, sobre lo que había pasado en Bogotá y sobre este personaje, pero la cosa salió muy mal. Me cuenta que la historia me sobrepasaba, que me desbordaba, y que yo tendría que esperar algunos años para entrenarme en el oficio y poder escribir ese libro de verdad.

Segunda oportunidad

Yo creo que tuve el suficiente criterio para parar y decir «no es el momento todavía, vamos a dejar madurar esa historia, y seguiré tomando notas de lo que no debía olvidar». Hay que respetar el oficio y saber que yo no estaba preparado para eso. Después de España, el director de la Fundación me consiguió una plaza en Israel y me fui a trabajar en un kibbutz, al sur, el kibbutz Nefarsin. Es el año 88, un momento muy difícil, con un proceso de paz estancado y un conflicto de grandes dimensiones en Gaza. Yo padezco una serie de aventuras en Israel, que son un desastre completo. Trabajo en un hotel, tengo un conflicto con un soldado, me ponen una cláusula en el pasaporte, me sacan durante un mes y me mandan a Egipto, donde tengo que hacer tiempo



Yo tenía muchos deseos de ser un escritor conectado con ese país real, yo no quería construir fábulas ni irme, digamos, a grandes países artificiales, yo quería dejar un testimonio de la historia que me había tocado vivir durante mi juventud.

para poder regresar. Allí tengo que ganarme la vida de una manera absurda, casi sin comer durante días para ir dosificando el dinero. Así logro regresar a Israel, voy hasta una zona muy cerca de Jerusalén que se llama Ramala, donde hay un campo de refugiados, y trabajo en un campo de refugiados con las Naciones Unidas. Era un trabajo de levantar cadáveres del campo y meterlos en los camiones. Era lo único que me daba dinero, pues mi familia no me podía girar porque no había comunicación bancaria entre Bogotá y Jerusalén. Recuerdo que no me acostumbré nunca sobre todo a meter cadáveres de niños. Eso es lo que más me impactó, y es porque las bolsas para cadáveres vienen en un tamaño estándar, entonces uno mete un cadáver de niño en una bolsa y queda flotando, y esa sensación de que falta algo dentro de la bolsa es la parte de vida que le quitaron a ese muchacho. Por eso era un trabajo muy duro para los voluntarios. La mayoría de ellos terminaban muy mal, metían de todo, eran heroinómanos, drogados, pero en el fondo eran divertidos: esa gente, en esas trabas tan peligrosas, recogiendo cadáveres y lanzándolos en los camiones de las Naciones Unidas, era una

buena educación, indicaba que el mundo era mucho más de lo que uno se imaginaba.

Finalmente los organismos de seguridad deciden capturarme en un hotel en Jerusalén. En ese entonces yo tenía el pelo largo, me lo recogía en una cola de caballo detrás, y usaba barba y bigote. Con esa cara, por supuesto, los tipos me capturan en el hotel y me llevan a una guarnición del ejército, donde estoy durante muchas semanas retenido, y donde no creen que el pasaporte sea real. Finalmente me sacan, me dejan libre en una madrugada, en el Monte de los Olivos, en Jerusalén, y ahí escucho el llamado de la oración, el llamado de la mezquita. Ustedes saben que en las mezquitas ese llamado lo hace un nombre ciego, con una voz impresionante, una voz como yo no he oído nunca en toda mi vida, una voz que se extiende por la ciudad vieja hacia las cinco de la mañana, y son las primeras frases del Corán, que dicen Dios es misericordioso, hoy tu señor el que todo lo das, el que me has dado esta vida, etc. Yo recuerdo que nos sacan del carro, nos botan ahí y yo en ese momento creo que me van a fusilar, recuerdo el fusilamiento de Lorca y digo bueno, me van a matar como a un perro, no voy a poder

ni siquiera correr para defenderme, y siento que a los 24 años se me va a acabar la vida. Pero no, los tipos de pronto tiran los morrales, los dólares, los pasaportes, nos entregan todo en orden, dan la vuelta en el carro y se van, y escucho el llamado para la oración, sé que estoy en el Monte de los Olivos, donde crucifican a Jesús, donde se parte la historia de la humanidad en antes y después, y en ese mismo instante sufro lo que se conoce como un momento de epifanía, una revelación súbita, y recuerdo el verso de Octavio Paz que está en Piedra de Sol, que dice «el olvidado asombro de estar vivos», y dice «amar es combatir», que se refiere a amar con mayúscula, amar a la vida, a la potencia de afirmación de la vida, y yo entiendo el verso y comprendo que tengo una segunda oportunidad, que tengo 24 años de edad y que de repente me dieron una segunda oportunidad, y eso es lo que se llama parirse síquicamente, volver a la vida una vez más. Una cosa es el parto físico, el parto que nos da nuestra madre, pero otra cosa es el parto espiritual, el parto síquico, que es una obligación moral de cada individuo.

A este respecto les abro un paréntesis, recuerdo una novela de Stefan Zweig que se llama *Noche fantástica*. Zweig es un autor conocido por *24 horas en la vida de una mujer*, es un autor de lo mejor que sale perseguido durante el régimen nazi y que termina finalmente muriendo en Brasil, y que es uno de los mejores escritores y biógrafos que ustedes puedan leer. *Noche fantástica* es la historia de un tipo que toda la vida está como atrapado en algo que no entiende, una vida rutinaria, repetitiva, aburrida, y de pronto una noche el tipo descubre las ganas de vivir, el deseo de vivir a plenitud, con fuerza, y eso se llama parirse síquicamente, llegar a la vida otra vez, nacer a partir de las estructuras más íntimas del cerebro, atravesar una zona de sombra y lograr abrirse paso en el mundo, a través de la depresión, de la miseria, de la tristeza, de la desilusión, atravesar todas

las tensiones más bajas para llegar a la vida finalmente lleno de sangre y afirmar la vida, afirmarla en un grito de júbilo, casi también un grito de desesperación. Y a este respecto, también otro paréntesis, recuerdo que en una bellísima anécdota de Jung, el psicoanalista suizo, discípulo de Freud, en donde alguna vez estaba en una conferencia sobre una muchacha paciente de él, que se la remitieron porque estaba muriendo, y nadie sabía por qué, se dieron cuenta que los exámenes físicos habían salido muy bien y que quizás el problema estaba en lo síquico, y tenía que ir a una terapia. Jung recibe a la paciente y la paciente sigue empeorando, empeorando, la ausculta, busca las razones de esa desesperación, de esa angustia, y no las encuentra, hasta que finalmente termina la conferencia diciendo que ella finalmente murió. Becket, quien cuenta la anécdota, dice que cuando se acabó la conferencia todo el auditorio aplaudió y que de repente Jung se quedó quieto, como pensando consigo mismo, y dijo una frase para él, en secreto, en voz baja, y sólo la primera fila lo escuchó, porque los aplausos no dejaban, y que la frase fue: «¡No es que se murió, es que no nació nunca!». Y se quedó entendiendo esa frase. Y esa frase se refiere a esa gente que está como en un umbral, como suspendida dentro de unas tinieblas sumamente extrañas, y uno tiene que vivir a veces en un mundo de zombis, en un territorio de gente que está muerta en vida.

Entonces yo recordé todo esto en aquella madrugada en Jerusalén, cuando escucho el llamado de la oración, y a partir de ese instante decido dedicar toda mi vida y centrarla por completo en la literatura. Yo dije esta segunda oportunidad no la voy a desaprovechar. Hasta ese momento no había escrito ni una sola palabra de la que pudiera ufanarme, un solo párrafo del que dijera qué bien, hombre, un párrafo que alguien va a recordar, algún lector va a aprender algo de mí en este párrafo. Ya había cumplido un recorrido largo: me había

ido de casa a los 18, venía trabajando con el profesor del colegio desde los 16, tenía ahora 24, y habían sido ocho años en el mundo literario, ocho años aguantando presiones, es decir, yo ya había pasado pruebas muy difíciles, y sin embargo no había escrito todavía. Entonces dije «ya no me va a volver a pasar esto la próxima vez que la muerte me coja». Ya me había cogido a los siete, me había vuelto a coger ahí, y dije la próxima vez que llegue yo tendré una obra construida, no me importa nada, no me importa la relación de pareja, los hijos, el dinero, el prestigio, la fama, todo eso no me va a interesar, sólo construir la obra, y a partir de entonces comencé.

Regresé a Colombia enseguida. Al salir de ahí me embarco en el puerto de Haifa, voy a Chipre, a Creta, a las islas griegas. En Italia cojo un tren y regreso a Barcelona, de ahí a Madrid, y luego otra vez a la fundación de Toledo. Trabajo como asesor de estudiantes norteamericanos en la Biblioteca, recojo alguna plata y me regreso a Bogotá. Apenas llego a Bogotá me doy cuenta que yo quiero escribir sobre mi ciudad. Algo que me entristecía mientras fui estudiante de Literatura y era que había ciudades literarias en América Latina: Buenos Aires la recorremos a través de la literatura de Cortázar, a través de Sábato, de Borges mismo; de Ciudad de México ni se diga, pero faltaba hablar literariamente de Bogotá. Por eso quería escribir sobre mi ciudad.

Satanás

Cuando terminé la última palabra de esa novela yo recuerdo haber pensado «me jodí, con esta novela enterré mi carrera». Me parecía que no era solamente el título sino el tema también, eran suficientes para que un editor me dijera es una novela de la que no vamos a aprender nada, la gente está cansada de tanta violencia; era un discurso que ya me lo habían

repetido otras veces en las editoriales. Yo había tenido muchos problemas para publicar mi obra. Al maestro Isaías le consta que es una carrera muy difícil, muy dura. Por eso, cuando terminé *Satanás* la mandé a un concurso por fuera, pensando en cuidarme un poco la espalda, pensando que quizás afuera tenía mejores resultados que dentro del país.

Colombia es un país muy raro, porque vive obsesionado por la imagen. Nuestros últimos presidentes han pagado fortunas en oficinas de prensa de New York y de Washington para cambiar la imagen del país en el extranjero. Es un problema de cosmética, como el del 11 de noviembre y las reinas. Somos un país que por un lado se mata y por el otro lado está obsesionado con la frivolidad. Lo que hay que hacer de verdad es investigar en nuestra historia, ver lo que ha sucedido, darle la cara a este país, escribir sobre eso, y después sí, quizás, entender que podemos capitalizar la crisis para construir un nuevo país. No se trata de maquillar las cosas sino de cumplir el proceso que tenemos que cumplir.

Satanás está inscrito justo en una corriente mucho más dura: la de auscultar, tomar nota desde un descenso a los infiernos, y contar lo que pasa durante ese viaje. El título de la novela en realidad no tiene nada que ver con cosas satánicas. A veces la gente me habla de un exorcismo dentro de la novela y yo digo cuál exorcismo, nunca hay exorcismo dentro del libro, el sacerdote se niega a hacerlo. El lío de la novela fue haber puesto un título que me parecía perfecto para explicar algo que es una vieja discusión sobre la identidad. Yo venía leyendo, como profesor de Literatura y como académico, a los escritores de París, de la Sorbona (Deleuze, Guatari, etc.), toda esa escuela donde era obvio que la discusión sobre la identidad estaba perdida por los apologetas de la identidad. Nosotros no somos nosotros, nosotros somos muchos, nosotros somos varios, y después de Freud y del psicoanálisis queda

claro que por lo menos somos dos, mínimo el consciente y el subconsciente. Pero a partir de ahí es más todavía: el cerebro se mueve por sinapsis, por conexiones sinápticas, y a nivel de conexiones sinápticas hay una pluralidad que no queremos reconocer. Entonces el discurso de la identidad es un discurso de la iglesia, por un lado, y del estado, por el otro. Es un problema político y legal, más que un problema psicológico o filosófico. En un juicio, por ejemplo, si se descubre doble personalidad o estados sicóticos o de esquizofrenia, el Estado pierde jurisdicción sobre el sujeto y no lo puede mandar a la cárcel sino a una clínica psiquiátrica, a un tratamiento que le recomponga la identidad, para ahí sí poderlo juzgar. Por el otro lado, ¿a quién le interesa la identidad? A la iglesia, pues le interesa el discurso de una sola personalidad para poder sojuzgar al sujeto. Desde esa perspectiva, los juicios de los hombres son directamente proporcionales al juicio de Dios. Por eso les asusta esa frase de Satanás en las sagradas escrituras, cuando le preguntan a un poseso quién eres tú, espíritu inmundo, que habita en este cuerpo, y él responde «yo soy legión». De ahí en adelante fue una frase terrible que occidente intentó opacar, negar. Yo tuve muy clara esa línea y pensé que sería muy bello escribir esa novela en Bogotá, en la que los personajes son atravesados por fuerzas que se apoderan de ellos, fuerzas que ellos no entienden y no pueden dominar. Por eso está el epígrafe de Mateo 5-9, «Yo soy legión», y hay otro que tiene que ver con la novela *El Adversario*, de Emanuel Carrero, que habla de la multiplicidad de la conciencia. *Satanás* es una novela cuya discusión no tiene que ver con los ritos satánicos, ni con el mal, ni la cuestión religiosa ni nada por el estilo. Es una discusión estrictamente neurológica, y a los personajes lo que les pasa es eso, incluyendo al propio Campo Elías. Y aquí conecto con la tesis del propio Campo Elías, esa era su obsesión cuando leía Dr. Jeckill y Mr. Hyde, era perfecto, y por

eso era un títulos que encajaba con toda la investigación que había hecho a lo largo de 15 o de 20 años.

Multiplicidades

Yo no creo en dualidades, yo creo en multiplicidades. No puedo comenzar a hacer maniqueísmos entre el ángel y el demonio, ese tipo de frases que utilizan tanto los periodistas para poderlo entender. Yo creo que a ellos les queda muy sencillo entenderlo desde un programa católico religioso, pero la verdad es que para mí no es así, para mí lo que está claro dentro del cerebro es que produce conexiones, y las conexiones no dan una identidad, no dan un yo. El yo es un discurso social, razón por la cual no nos entendemos nunca. A mí nadie me puede venir a decir acá que es absolutamente consecuente y que se entiende perfecto. Por ejemplo, en el terreno de los afectos uno dice «bueno, ya no soporto esta relación afectiva, no más, me abro, no he hecho sino sufrir», y 10 minutos después se la encuentra y le dice «hola, cómo estás, me haces una falta increíble». Permanentemente fluctuamos, lo que hay son vectores, fuerzas que atraviesan el cerebro, no hay en realidad construcciones excepto la construcción social del yo. Uno mira la cédula, ese soy yo, pero no es así, lo que más me interesaría es entender que en este momento yo tengo sinópticamente 3.840 conexiones, y de repente produzco una más. Por ejemplo, lo que ha pasado en esta conferencia con la idea de parirse síquicamente: si alguno de ustedes no había oído nunca sobre ese tema, pues ya tiene una conexión mental más. Si tenía 8.440, ahora tiene 8.441. Esa nueva idea, que produce una fluctuación al interior del cerebro, produce una nueva identidad. Químicamente ya no es la misma persona.

En ese sentido, sería una maravilla, en el terreno del arte, pensar que el arte produce

cerebros nuevos, que transforma cerebros y modifica identidades, sería en realidad ya no la función social tradicional del arte, la que se entiende en los discursos de los sesenta y setenta, sino que tendríamos que pensar quizás en una función social del arte a nivel sináptico. No en vano en la universidad de Tokio, por ejemplo, la facultad de Estética está ligada con la facultad de Neurología, lo que se llama Neuro-estética. A mí me interesa eso.

Si ustedes leen *Relato de un asesino*, *Satanás* o *Cobro de sangre*, verán que tarde o temprano los personajes sufren fluctuaciones muy fuertes en el terreno de la identidad, y se transforman en otros. En el primer capítulo de *Relato de un asesino*, el personaje sufre de brotes sicóticos. Después, en *Satanás*, es el hecho fundamental de Campo Elías. Y en *Cobro de sangre*, el personaje por problemas políticos tiene que esconderse, y en el momento que se esconde tiene que utilizar una cédula, y ahí se transforma en otro. Esa es para mí una de las grandes búsquedas estéticas que yo tengo como escritor. Me encantaría que algún día la crítica hablara sobre el tema, y comenzaran a rastrear mi obra a partir de allí.

Verdad vs. verosimilitud

Como escritor tenía muy claro que, aunque partía de hechos reales, yo estaba en el terreno de la literatura. Y en literatura, como soy un escritor hiperrealista, yo necesito siempre tener al personaje respirándome en la nuca, necesito sentir la vida del personaje para poder escribir. No soy de los que se sientan allá aislados y creen que el escritor es una cosa romántica, la imagen romántica del siglo XIX. A mí me gusta estar metido en la vida, untarme, meter el hocico donde nadie lo quiere meter, oler lo que nadie quiere oler, enterarme de lo que la gente no se quiere enterar, pero aunque tengo esa tendencia, que es una tendencia realista, tengo

muy claro dónde queda la frontera entre la crónica y la literatura.

El objetivo fundamental, usted lo ha escuchado tantas veces que le va a sonar trillado, el objetivo fundamental de la literatura no es la verdad. Lo fundamental es la verosimilitud, y son dos cosas distintas.

Esto se lo cuento de una manera muy simple: García Márquez, cuando escribía la novela *Cien años de soledad*, recordó que un tío suyo se había quedado ciego en un solo parpadeo. Estaba mirando por una ventana, parpadeó y de repente ya no vio. García Márquez quiso meter esa escena en *Cien años de soledad*, se dijo qué lindo sería que un personaje mire por una ventana y quede ciego en un parpadeo, pero no lo pudo meter porque aunque era verdad, no era verosímil, por que el lector no se lo iba a creer. Sin embargo, Remedios la Bella asciende y lo creemos, porque hace parte de la lógica de la propia novela.

Entonces a mí la verdad me interesa por fuera del libro, pero ya como novelista, lo que espero es que el lector quede tan atrapado con la historia que va leyendo, que acepte lo que va sucediendo, como si en efecto un gran porcentaje fuera verdad. Incluso lo que yo fabulo. Ustedes no se imaginan la porción de imaginación que hay que tener para reconstruir un hecho. Aunque yo entrevisto a las víctimas o entrevisto a los testigos, tengo notas y voy al lugar, ya cuando estoy en el escritorio trabajando tengo que reconstruir todo y digo carajo, qué hora era, estaba lloviendo o no, la lluvia golpeaba en los cristales o no, en diciembre 4 ya hay ambiente navideño o no, tengo que imaginarme todo, solo en el escritorio, para reconstruir una escena real. La porción de imaginación para construir una escena real es impresionante, y aunque yo visite el restaurante hoy en día y sea más o menos el mismo, tengo que imaginarme a la gente conversando, hablando de lo que estaban hablando en las mesas de al lado, cómo se movía

la gente, había unas personas que estaban con guardaespaldas, que estaban armadas esa noche y no se pudieron defender. Campo Elías salió con dos revólveres, pero yo en la novela obvio eso; yo sabía que Campo Elías fue matando a la gente con los dos revólveres, mientras avanzaba cerrando el ángulo, yo había investigado todo, fui al restaurante pero el dueño no me quiso dar declaraciones, luego salí por la puerta de atrás, por poco me sacan el cocinero y los meseros. A veces regresaba clandestinamente al restaurante y tomaba notas, para después reconstruir toda la historia. Fíjese que esa escena de los dos revólveres no la pude meter en la novela porque, aunque era verdad, lo que hubiera pensado el lector en ese momento es «ya Mendoza está pensando en Hollywood». Si lo hubiera escrito en la novela el lector no hubiera sabido que era real, y por eso no me interesaba.

La novela de aventuras

La novela de aventuras fue fundamental para mí. Ya mencioné que tenía una tesis de pregrado sobre Fuentes, pero mi tesis de maestría es sobre

la novela de viajes y los nuevos aventureros contemporáneos. Aunque parte de la vieja tradición decimonónica de la novela de aventura (Verne, Salgari, Conrad, London, etc.), yo conecto como un nuevo viajero contemporáneo, el viajero de la inmovilidad, el viajero de los sentidos, el viaje alrededor de mi habitación, del tipo que decide viajar, que quiere hacer grandes viajes y no tiene plata, no tiene dinero, y decide vendarse los ojos y viajar por su habitación. Es un viaje táctil y es una novela extraordinaria. Cuando el tipo termina de viajar por toda la habitación y su cuerpo ha sido multiplicado, sextuplicado, se quita la venda de los ojos y es otro tipo, otra persona, sabe que ha cumplido un aprendizaje a lo largo de esa aventura a través de su cuarto.

Entonces yo tengo mi tesis de maestría sobre *Cuatro años sobre a bordo de mí mismo*, una novela colombiana muy bella, del año 32 o 34, que me sigue pareciendo de lo mejor que se produjo en la literatura latinoamericana de entonces. Zalamea es un escritor muy raro, que no conecta con la novela de la selva ni con la novela de la tierra, sino que es un tipo que tiene un seudónimo para su columna en el periódico, que era



A mí la verdad me interesa por fuera del libro, pero ya como novelista, lo que espero es que el lector quede tan atrapado con la historia que va leyendo, que acepte lo que va sucediendo, como si en efecto un gran porcentaje fuera verdad. Incluso lo que yo fabulo.

Ulises, y no el Ulises de Homero sino el de Joyce (publicado en 1922), y esa novela tiene un subtítulo que dice «Diario de los cinco sentidos». Entonces, es el viaje de un tipo que sale de Bogotá, una ciudad que lo estaba atrofiando, y va hacia la Guajira. A medida que se pierde en el desierto de la Guajira, los sentidos se expanden, todo el erotismo y la sensualidad se abren. Es un aventurero muy contemporáneo, el aventurero de los sentidos, un aventurero sensacionista, en la corriente de Fernando Pessoa. En *Cobro de sangre* para mí era muy importante que el personaje estuviera conectado con esa tradición, y creo que él descubre al final algo importante, y es a deshacerse de la importancia personal. Lo que el aventurero aprende en realidad, si ustedes se leen *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, el personaje al final de esa novela no tiene nada entre las manos, no descubre tesoros, no llega a culturas extrañas, se queda aparentemente en el vacío. A veces donde no sucede nada está sucediendo todo, no acontece nada excepto la vida. La grata adicción del aventurero contemporáneo es esa potencia de la afirmación, pero es una potencia de afirmación en el vacío. Hay una conferencia muy bella de Álvaro Mutis, que se llama «la desesperanza», y es sobre cómo para unos aventureros la desesperanza viene de esperar, y hay algunos aventureros que esperan mucho y otros aventureros que no esperan nada, pero esos que no esperan nada afirman la vida a través del vacío. Eso es lo que pasa en el personaje de *Cobro de sangre*: al final logra deshacerse de la importancia personal, es decir del yo. Uno vive permanentemente machacando sobre el yo, e incluso es algo paradójico que una persona que sufre mucho tiene un ego muy grande, porque si no dónde le cabe tanto dolor. Lo que el personaje encuentra es que mucha parte de su sufrimiento ha sido por la importancia personal, por creer que tiene la obligación de ser feliz, de hacer feliz a ese yo tan grande que tiene, y no, se da cuenta y se desprende

enseguida, es un desapego muy rápido, que logra a través de la tradición de la novela de viajes. Ulises, que se creía el gran héroe y hace la matanza de los pretendientes, termina en el destierro porque no consulta al concejo de los ancianos y no podía tomarse la justicia por sus propias manos. Por eso la condena el exilio y Ulises termina finalmente perdiéndose en las montañas, siendo un marino, y al final aprende a deshacerse de la importancia personal. La tradición de la novela de aventura es la de un aventurero que se aprehende a sí mismo, y eso lo convierte en un hombre distinto de los demás. Ese es el centro del personaje a lo largo de *Cobro de sangre*.

Fíjese bien que esas novelas van dando al tiempo las directrices, las coordenadas espirituales de su aprendizaje interior, y sin esa tradición sería imposible.

Algún comentarista dijo en un magazín cultural que por fin Mendoza escribe un final feliz, y a mí me parecía ridículo pensar que ese final podía ser feliz, con un tipo de 40 años, ya canoso, viejo, acabado, no tiene amigos, no tiene familia, no tiene nada, está en el centro del desierto, con la cara quemada, cuál final feliz. Al contrario, es un final muy infeliz, pero afirmativo, porque afirmar la vida durante la felicidad no tiene ningún mérito, y en cambio afirmar la vida durante el dolor, la enfermedad o el sufrimiento, eso sí es de vitalistas. Gracias a esas novelas creo que sé cómo es el proceso.

Armazón de *Satanás*

Yo tenía muy clara la estructura de *Satanás*: cuatro capítulos, uno sobre Campo Elías, otros cuatro capítulos, y de nuevo Campo Elías. Era como un ritmo, y cada uno esos capítulos tenía una triada, una trenza que eran los tres personajes, y luego entraba Campo Elías, que es como un destino trágico dentro de la novela, como una puesta en el abismo, vuelve la triada

y se cruzan cuatro capítulos, y remata Campo Elías. El capítulo quinto y el capítulo décimo son absolutamente fidedignos, pues son los de Campo Elías, dónde vive, qué piensa, qué hace, los recuerdos de Vietnam, procuro ser muy fiel a los hechos. Además, el personaje guardaba el mismo nombre real dentro de la novela, que fue una jugada dura, que yo me jugué porque los familiares me hubieran podido demandar, pero yo dije vamos a jugarla con todo.

Los tres personajes que conforman la triada yo los recogí durante esos 20 años. María, que es el personaje central para mí, y es un personaje que yo hubiera podido salvar, fue una chica que conocí en la cárcel del Buen Pastor. Yo les hacía talleres a las presas durante el año 90 y pico, y ahí conocí a esta muchacha que de repente, en el patio de la cárcel, me contó su historia, y esa historia es la que está dentro de la novela, exacta, y nos hicimos muy amigos. Yo después iba y la visitaba, hicimos una amistad hasta el tiempo que llegaron chismes de que me iba a pedir para visita conyugal, y para evitar una expulsión de la Javeriana, moral, por baja conducta, preferí no volver a visitarla en la cárcel. Después yo le llevé la novela, y era muy lindo ver cómo las presas del Buen Pastor la leían y ella adquiría una cierta prestancia, porque ella decía mira, aquí está mi historia. Lo mismo sucedió con el joven, son personajes que tuve muy cerca de mí, con historias raras que me servían, y dentro de la novela fue absolutamente ficción que hayan terminado esa noche en el restaurante. Claro, en el restaurante había otras víctimas pero ninguna otra me sirvió para meter en el engranaje que necesitaba. Entonces todo es absolutamente real, pero todo es mentira.

A mí me sucedió algo muy raro con esa novela. Yo primero dibujé la estructura, dibujé la arquitectura del libro, hice una trenza, dibujé todo perfecto, y rarísimo, yo sabía dónde iba cada cosa. En esa novela yo armé primero un edificio, y a partir del ese edificio comencé a

escribir. Cuando comencé a escribir no me perdía de la ruta, yo tenía una cartelera gigantesca en mi estudio, iba viendo esa arquitectura y decía listo, ahora entro al primer capítulo C, ahora tengo que narrar el segundo capítulo A, así se fue dando la trenza. Pienso hay algo raro en esa novela, no sé si a los lectores les pasa, pero hay una extraña sensación matemática, en la que todo se va cruzando de una manera matemática, casi con una predestinación de orden numérico, que proviene de esa estructura tan cerrada que yo tenía armada. Yo siento que eso también le dio solidez a la novela, le dio una sensación de perfección que uno no sabe de dónde viene, perfección no en el sentido de que yo sea muy buen escritor, sino en el sentido de que las columnas están puestas de una manera que todo quede «cuadrado».

A través de los sentidos

Yo tenía la tesis de la maestría sobre los cinco sentidos, venía muy obsesionado con el tema y me di cuenta que como escritor yo quería hacer una práctica de lo que había postulado Zalamea en *Cuatro años a bordo de mí mismo*.

Me explico: creo que la única manera de arrastrar a mi lector de una manera muy sólida es a través de una máquina virtual, y que la máquina virtual esté dada a través del texto. ¿Cómo se logra eso? A través de los sentidos, de lo que se oye, de lo que se palpa, de las rugosidades, de los sonidos, de las descripciones, y si yo logro eso, digamos, en la primera página, inmediatamente el lector está transportado y ve lo que está pasando. Pero lo ve metido dentro de. La novela sucede en presente. Eso es muy raro. Sostener una novela en presente es sostenerla en el tiempo de los sentidos. Uno vive, a nivel cerebral, en pasado o en futuro, uno hace proyecciones y uno tiene memoria, pero el cuerpo no vive ni en futuro ni en pasado, el cuerpo siempre está en presente. Aunque uno

se eche rollos y diga yo tengo recuerdos epidérmicos, no, la piel siempre está en presente. Hacer una novela en presente es hacerla en el tiempo de los sentidos. La novela comienza con todos los verbos en presente. Una luz se filtra a través de las tejas, etc, y es como una cámara cinematográfica que está arriba de una plaza de mercado, baja de repente y se mete por entre las frutas y verduras, y navega hasta que se oye algo, se oye la voz de una muchacha joven que anuncia tintos y aromáticas, como si la cámara oyera esa voz, y aparece María, que es el primer personaje de la novela, y la cámara se va y se pierde con María por entre la plaza, y ahí arranca la novela. Si uno logra sostener ese tiempo sensorial, logra atrapar, logra mantener una tensión. La tensión no está dada por el ritmo de la historia sino por los sentidos de la historia. Eso fue lo que intenté a lo largo de *Satanás*, y siempre mantuve ese tiempo hasta el final, lo cual no era fácil. Aunque parezca pedante decirlo, no era sencillo mantener un tiempo en presente.

Ser escritor

¿En qué momento uno se siente preparado para ser escritor? ¡Nunca! A mí me queda muy claro que es una profesión en la que uno tiene siempre dudas y una como permanente vergüenza. Por un lado un orgullo, y por el otro una gran vergüenza. Uno no termina de comprender las dinámicas de sí mismo y de tener la absoluta certeza de que ya lo es. No hay una condecoración, no hay una medalla, no hay una meta al final.

Sólo sé que en un momento muy claro del año 2000, yo le contaba esto a otro grupo con el cual vine antes, yo abrí una revista de literatura de tribus indígenas norteamericanas, en mi oficina en la universidad, y leí un poema de solo una línea que me hizo renunciar a once años de cátedra académica y me llevó a encerrarme a escribir. Ese verso decía: «salta, ya aparecerá el piso». Todo el poema era eso y lo escribió en una cueva el poeta de una tribu navajo. **BU**